

lombiana del siglo XX. Vol. I. La nación moderna. Identidad, Ministerio de Cultura, pp. 366-383); "Tango y literatura en Antioquia: Manuel Mejía Vallejo, Óscar Hernández, Mario Rivero y Juan José Hoyos" (Jaramillo, M. M., Osorio, B., Robledo, A. (comps.). (1999). *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo xx. Vol. III. Híbridez y alteridades*, Ministerio de Cultura, pp. 542-583); "Transculturación del tango rioplatense en Antioquia: imaginario colectivo y reescritura literaria" (*Boletín Cultural del Banco de la República*, 1, 2000, pp. 7-28); "Lo que va de ayer a hoy: Medellín en *Aire de tango* de Manuel Mejía Vallejo y *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo" (*Revista Iberoamericana*, LXIX, 204, julio-septiembre, 2003, pp. 689-699).

- 4 Manuel Puig, en nuestro encuentro que, justamente tuvo lugar en Medellín y fuera publicado originalmente en el diario *El Mundo* "antes de dar la vuelta al mundo" en traducciones al inglés, francés, italiano y hasta en ruso, aborda ese fenómeno. "En la Argentina, -dice, el problema era el gusto por lo cerebral: todo lo que implicaba sentimiento, sensaciones, intuición, era dudoso. Lo prestigioso era lo cerebral, así como en la conducta tenía mucho

más prestigio la reserva, la medida. La estridencia, el exceso, ¡jamás! Lo español y lo italiano, en la Argentina era considerado de clase baja; en cambio, tenía un gran prestigio lo inglés, que era siempre lo medido, y lo francés, en segundo término. Un país totalmente adolescente, país formado por una gran masa de inmigrantes de principio de siglo y cuya actitud era, pretendía ser, la de adultos" (Corbatta, J. (2009). *Manuel Puig: mito personal. Historia y ficción*. Corregidor, p. 259). En 1979, en el antes mencionado viaje a Medellín, tuvimos con Manuel varios encuentros y ese fue el comienzo de una larga amistad (cf. sus cartas, en mi libro). Es importante mencionar que Manuel, literalmente, se enamoró de Medellín, su clima y su gente y nunca pudo entender demasiado cuando me fui a los Estados Unidos, primero a estudiar y luego a enseñar.

Jorgelina Corbatta. PhD, Profesora Emérita de Wayne State University y analista académica de Michigan Psychoanalytic Institute.

Manuel Mejía Vallejo (1923-2023) Dos momentos

Elkin Restrepo

Para Dora Luz

1. 20/10/2017

Hay un Manuel que se fue superponiendo al otro, al conocido, al narrador y autor galardonado nacional e internacionalmente y que, por momentos, le disputaba supremacía. El Manuel Mejía oral, aquel capaz de tener a su auditorio y amigos prendidos a una historia quizá real, quizá inventada o

ambas cosas. No necesitaba de mucho para entonarse: una silla, un vaso de ron y el interés de aquellos que, al oírlo, sabían que escuchaban al último grande de una tradición intelectual que moldeaba una anécdota o una historia con el desparpajo, la gracia y la imaginación del contador de cuentos que, como los rapsodas, no hacía mucho, iban de pueblo en pueblo y hacían de la



Manuel Mejía Vallejo, Débora Arango y Élkin Restrepo. Foto de Guillermo Melo

arriería, del café o de la plaza, su estrado, y de la exageración, del vocablo pintoresco, del giro inesperado o tomado del habla popular, su arte. Alguna vez, en Jericó, Manuel nos presentó a los amigos al mayor de ellos, al sobreviviente: Fabián Pimienta, que no escribía, pero cuya conversación, festiva y picaresca, raizal y sonora, propia solo de un paisaje pedregoso y de montañas como el nuestro, señalaba una fuente común. Aquella de la cual manaba, sostenía y daba cuerpo, por supuesto, al relato en Carrasquilla, Barba, León de Greiff, Fernando González, tan apegados a un habla provinciana, como a un verdadero tesoro, y derivando de ahí; mejor, sirviéndose, como hombres de su época, de aquel otro patrimonio que la modernidad, urbana e industrial, su propio tiempo, les ofrecía. De ahí ese extraordinario legado que, desatentos, a veces pasamos por alto.

Aquella noche, en aquel cafetucho de la zona de abajo del pueblo, Manuel escuchó gozón a quien, pueblerino y afincado, le devolvía mucho de lo suyo. Y por supuesto, quienes, a su lado, gozones también, reconocíamos de oído, de adehala, que, en esa oralidad, ingeniosa y viva, resplandecía, como diría Canetti, una provincia. La patria del hombre.

Si aquel parecía un encuentro fortuito, no lo era. Sin embargo, por un azar extraordinario se nos daba a nosotros, los presentes, la oportunidad de advertir un vínculo y de descubrir de manera muy viva de dónde, prolongando una veta, en boca suya, Manuel, ese otro Manuel que la gente se paraba a escuchar, con toda su espontaneidad, agudeza y risa franca, hacía camino hasta nuestros días.

Oír a Manuel, alrededor de la mesa, en aquellas mañanas donde un ligero guayabo

impulsaba su verbo, era un privilegio. Manuel, seguro, hablaba como los viejos maestros. Así, en sus reuniones con las amigas y amigos que lo visitaban en su casa de la calle Bolivia, debió hablar Carrasquilla, y el Mago de Otraparte, y, para quienes tuvimos el gusto alguna vez de escucharlo, cascajoso y tajante, el viejo León. El Manuel oral era de su estirpe y de tantos otros que ponen y dan música al río del tiempo.

La vida, que es también irónica, lo fue con el escritor, le produjo una apoplejía que le afectó el habla. A los setenta años, ya no pudo volver a hablar ni a escribir y su talento se silenció. Un drama.

Hoy no oigo quien, como en los viejos tiempos, hable así. Tal vez en la calle o en plazas de mercado, en el bullicio de los parques donde, por cierto, para afinar el oído e insuflarle poder a sus palabras, Manuel, como Fernando González, no dejaba de mezclarse entre las gentes que allí van y vienen.

2. 23/04/1994

De un año para acá, Manuel se ha vuelto más silencioso, quizá más ausente; pero reunido con sus amigos en Ziruma, su casa de El Retiro, para celebrar los setenta y un años, su figura varonil, bella, pulcra, aún resalta. Manuel tiene los cabellos más blancos y el rostro más pálido. Trata de ocultar, poniéndose una mano sobre otra, el ligero temblor que lo domina. Aunque no lo manifieste, le inquieta verse enfermo (¡él, que nunca ha estado enfermo!) y lo deprime verse a las puertas de la vejez, sobre todo, ahora que está solo y Dora Luz ya no lo acompaña.

Comenta que no ha vuelto a escribir, que hace más de un año no lo hace (¡él que no

ha hecho en la vida más que escribir!), y se advierten en el tono de sus palabras tristeza y resignación, como si se tratara de una situación ya irremediable. Sin embargo, no dramatiza. Que pueda o no volver a escribir es una circunstancia que enfrenta con dignidad, sin lloriqueos, tal como lo ha hecho antes, cuando le ha tocado sobrellevar otros momentos también difíciles, como el de la muerte de su madre, por ejemplo, o el aún más doloroso: aquél del adiós de su gran amor.

Con todo, conversar, compartir unos tragos y oír cantar –sobre todo esto, pues no hay nada que más le guste– constituye para él un asunto impostergable.

Siempre ha sido así, pero en estos meses de desencanto y soledad, de dura enfermedad, a tales encuentros les da un valor supremo, disfrutándolos con un goce elemental, de persona que ha franqueado ya todas las fronteras...

Y ahí está, de nuevo, Manuel, con el vaso de ron en la mano, queriendo escuchar todas las canciones del mundo. Entonces, aprovechando un intervalo, lo oigo que dice: “Esta es la vida, maestro, la vida no da más”.

Elkin Restrepo. Narrador, poeta y editor. Profesor Titular de la Universidad de Antioquia. Ex-director de la *Revista Universidad de Antioquia*. Fundador de las colecciones Celeste y Poesía de la Editorial de la misma Universidad. Sus más recientes publicaciones son, en: poesía: *En tierra de bárbaros un vaso griego*, *El torso de Venus* y *Antología* (Premio Iberoamericano de Poesía León de Greiff) y en cuento: *5 Cuentos inocentes* y *Un alma a la vista*.